

X Jornadas de Filosofía

La crisis de la modernidad

Los días 5, 7 y 8 de mayo se celebrarán en el Salón de Actos del Ateneo de Albacete las X Jornadas de Filosofía que organiza Cultural Albacete y el C.E.P. de la capital.

CON el título de «La crisis de la modernidad» participarán en estas jornadas **Antonio Campillo Meseguer, Adela Cortina y Patricio Peñalver Gómez** (ver calendario).

LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

Si considerásemos lo moderno desde un punto de vista meramente estético, posiblemente el título de estas jornadas tendría poco sentido, habría que ponerlo entre interrogaciones para los escépticos, e incluso algún cínico lo admiraría sarcásticamente. Modernos siempre han existido y siempre han entrado en crisis cuando otros los han considerado modelos anquilosados, caducos o, cuando menos, institucionalizados. Musil, Joyce, Proust o Mann, Picasso y Mondrian, Stravinsky fueron modernos, rompieron los cánones para, en nuestro tiempo, ser carne de museo, de bibliotecas y universidades; ellos mismos son ya lo retro, lo antiguo que impone reglas frente al nuevo devenir; ya no escandalizan.

No hablamos de crisis en ese sentido, sino en uno más profundo que no sólo afecta a los iniciados intelectuales, sino a la sociedad en su conjunto.

Lo que ahora se dice en crisis no es sólo el culto por lo nuevo y original, sino el proyecto que creíamos que conducía toda nuestra cultura, el proyecto nacido en la época ilustrada que afirmaba una historia humana como progresiva emancipación de la humanidad. Desde ese proyecto, lo más «avanzado» hacia la meta era lo más perfecto. Ahora bien, en palabras de Vatimo, esta idea tiene sentido si existe un proceso unitario, si hay una historia unitaria; en caso contrario sería imposible hablar de progreso.

Ese significativo fundaba toda la esperanza de los valores de nuestra cultura; los derechos humanos, la democracia, la voluntad libre del pueblo soberano, la moralidad universal, la objetividad de la ciencia, la experiencia estética como apertura a nuevas finalidades..., todo ello no eran simplemente ideas, se habían convertido en creencias, en parte vivida de nuestro ser, en el proyecto del hombre ideal, de la sociedad fraterna e igual.

Sin embargo, a comienzos de nuestro siglo ya comenzaron a resonar los picapedreros: el sujeto histórico aparecía como una construcción imaginativa sin atributos reales, como una parodia sin ori-

ginal, sometido a un sistema panóptico manipulado por instituciones, que mantenía la igualdad en su puro formalismo. Por si fuera poco, la experiencia contemporánea se ha hecho todavía más esquizofrénica, los derechos humanos son utilizados por sus supuestos defensores, en función de su progreso, para legitimar las acciones más siniestras; la voluntad libre del pueblo es el eufemismo de una tecnocracia de especialistas decididores donde la representatividad fue hace tiempo olvidada en los bajos fondos. La unidad entre la ciencia y la moralidad entonó su canto de cisne tras Hiroshima, unidad que ya nació moribunda.

Walter Benjamin ya diagnosticaba los males de la modernidad como proyecto total: la historia concebida como decurso unitario es una construcción de grupos y clases dominantes. La pretendida modernidad como progreso universal hacia la emancipación, ocultaba en realidad miras más interesadas al confundir la humanidad con el hombre europeo moderno. La conciencia crítica sobre los colonialismos e imperialismos, así como la prepotencia adquirida por los mass media, como ha señalado Lyotard, quizás hayan sido los instrumentos determinantes para